



El privilegio de ser perro.

“El privilegio de ser perro” aúna en los escenarios cuatro monólogos de Juan Diego Botto y Roberto Cossa sobre los estragos de la emigración. Antoine Hertenberger y David Díez, arquitectos responsables de la escenografía de la obra, proponen un diseño cuya base principal es la maleta, símbolo de la partida y la emigración.

El texto.

(...) De repente llegas a un lugar. Tú un ser humano dispuesto a no robar, a no matar, a pagar tus impuestos y te dicen que para hacer eso tienes que tener un papel que te acredite como ser humano permisible. Lo contrario sería un caos. Todo el mundo vendría para acá. Los que somos de aquí no tendríamos más derechos que los que son de allá, nuestro mundo se llenaría de miseria. Jódanse señores. El mundo ESTÁ lleno de miseria, otra cosa es que no lo vean. Es así, mejor darse cuenta cuanto antes. El 80% de la humanidad se muere de hambre, hay al año más de 15 guerras alimentadas todas con armamento procedente del primer mundo, Nike puede pagar dos dólares al mes a un niño para que haga zapatos, ¿y que yo trabaje aquí es un caos y trae miseria? Por favor, seamos



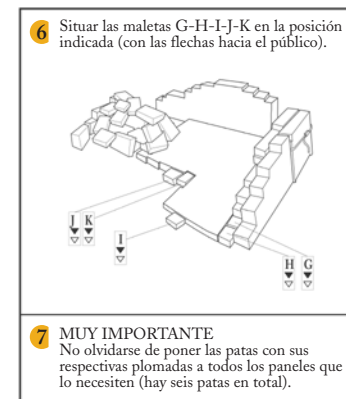
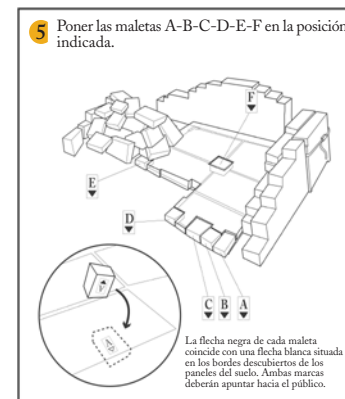
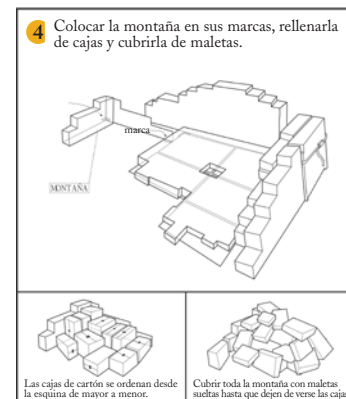
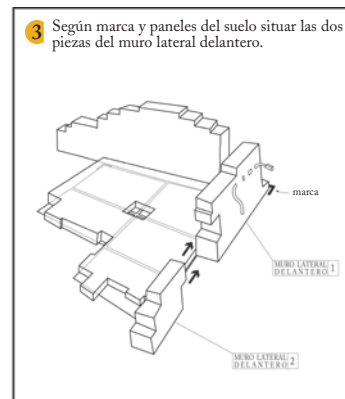
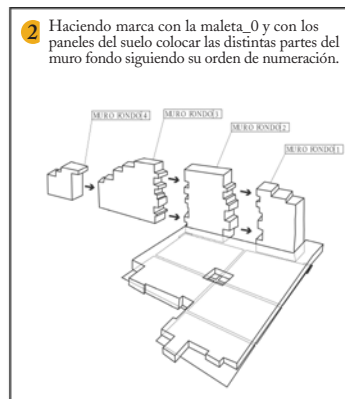
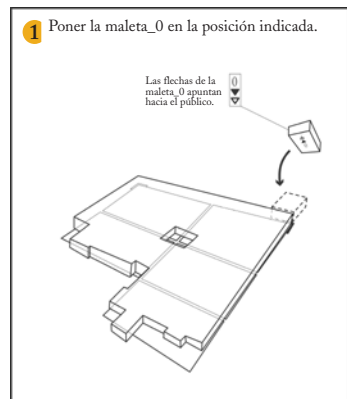
En la página de la izquierda, cuaderno de trabajo de los escenógrafos. En esta página, vista de la *montaña* de maletas en el escenario.



serios. El problema es que hay gente que parte de la premisa de que “lo mío es mío y lo tuyo también”. Quiero decir que cuando uno viene para acá hay miles de normas y de regulaciones que se deben cumplir pero cuando las grandes firmas van para nuestros países sólo saben hablar de la libertad del mercado, de acabar con las limitaciones de todo tipo, de que las regulaciones ahogan la libertad y demás porongas. Lo que está claro es que la igualdad de condiciones no existe. En fin se me está yendo la cabeza otra vez. Resumiendo, que me pongo a hablar y no paro. He vivido en tres países además del mío. He trabajado vendiendo pegatinas, vendiendo pendientes, pelando patatas y cebollas, paseando perros, limpiando retretes en una estación de autobuses, construyendo casas; jamás he podido volver al lugar donde nació. Bueno, una vez lo intenté. Pasé dos semanas allá para darme cuenta de que toda la gente que yo conocía estaba muerta o exiliada. Cada vez que me encontraba con alguien no podía evitar pensar: éste habrá sido colaborador, habrá denunciado gente, se implicó de alguna manera, o fue uno de tantos que decidió no ver y no escuchar. ¿Qué queda aquí del lugar que conocí e intenté cambiar? Al final te das cuenta de que ya no queda nada de vos ahí. La gente ya no te conoce, las calles ya no te conocen, ese quiosco, ese bar, ese colegio que guardaban secretos de juventud parecen cambiados y parece que esos lugares y esa historia

que recordabas ya sólo existen en tu cabeza, como sombras de un pasado sin testigos. Así que a las dos semanas me di cuenta de que aquel lugar ya no era mi lugar. Que estaba tan fuera de sitio allá como en el rincón de mi destierro. Decidí regresar y no pisar mi patria nunca más para al menos no ensuciar los recuerdos de la única época feliz de mi vida. Ahora vivo aquí semi-instalado. No feliz pero tampoco infeliz. He creado un grupo de amigos que de vez en cuando me reprochan mi resentimiento contra el mundo. Tengo un trabajo y la posibilidad de tener unos papeles que me den todos los derechos en un par de años. Pero de vez en cuando hay noticias que te hacen recordar tu pasado. Como la posibilidad de encarcelar al hijo de la gran puta que truncó tu vida y la de tu gente. Entonces llega tu amigo progre e intelectual y te dice que diez está tan lejos de infinito como dos. Que es al pedo intentar meterlo en la cárcel y que lo mejor es dejar las cosas del pasado en el pasado y seguir con tu vida. Y que uno realmente sabe del infinito porque lo ha vivido y lo ha soñado, casi lo ha acariciado con al punta de los dedos un segundo antes del exterminio, uno que sabe de las heridas que provoca, uno que sabe que cuando el infinito te agrieta el corazón esa brecha no se cerrará jamás, sabe entonces valorar los pequeños pasos. (...)





Sistema de montaje de la escenografía sobre el escenario.

La escenografía.

La propuesta escénica plantea una solución válida para las cuatro piezas que forman la obra: una única estructura capaz de evolucionar a medida que avanza la representación.

Alrededor de cien maletas de aspecto desgastado y tamaños varios conforman este armazón escénico. Maletas que, a modo de ladrillos, materializan la tendencia inherente del ser humano a soñar, la creencia en los paraísos prometidos, el no al estancamiento, el derecho a crearse, ampliarse, mezclarse, SER.

El resultado es una especie de topografía que surge de la nada en forma de muro para terminar desintegrándose en el descuido. Del orden al caos, conjugándole.

La verticalidad, las líneas férreas de las leyes, la intolerancia de sus muros se rompen en la parte derecha de la estructura invadiendo el espacio del espectador, salpicándole la realidad con su caos de piel cuarteada.

La disposición de las maletas sobre el escenario hace inevitable la referencia a las estaciones de tren, a las naves que almacenaron las pertenencias de los judíos enviados a los campos de concentración o a las creaciones de artistas contemporáneos como Christo, Boltanski o Pina Bausch. Sin embargo, el espacio escénico de la obra se caracteriza por la multiplicidad de significados. La posibilidad.

Ruinas, cementerios, países... Lo que podría parecer un todo compacto y fijo va transformándose de mano de los actores con enorme versatilidad: los exteriores se convierten en interiores y las maletas se suman para recrear los despachos que niegan los certificados de "ser humano permisible".

El punto culminante de la transformación se evidencia cuando los actores cubren las torres de maletas con lonas que después serán pantallas de proyección. Es entonces cuando los muros se convierten en bodegas, los hombres en fardos. Y aquello que nos identifica y hace diferentes, nuestros recuerdos, nuestras vidas se reducen a un rectángulo de piel que se apila y convierte en número, mercancía o ficha del tetris político.

Al final de la representación la pérdida y el olvido van ocupando su espacio en forma de arena que los personajes derraman al tiempo de hablar. Sobre ésta, una última composición vertical de maletas sella la obra con una hilera de tumbas.

M^a Eugenia Matamala.

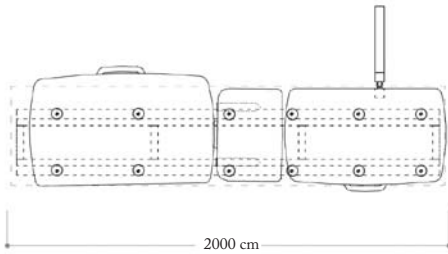
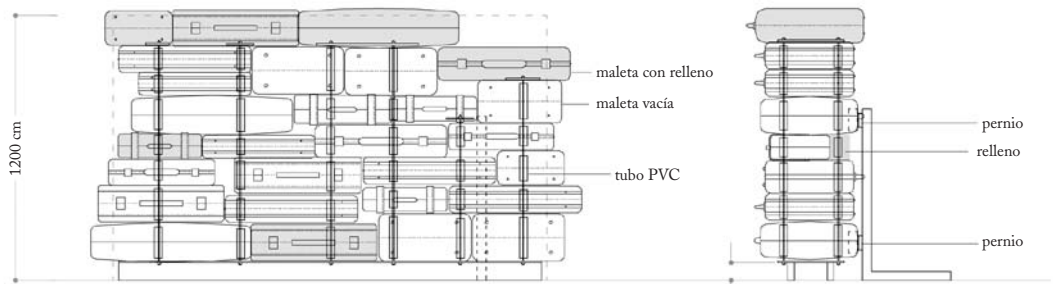
Texto y dirección: Juan Diego Botto.

Escenografía e ilustraciones: Antoine Hertenberger y David Díez, sobre una idea de Juan Diego Botto.

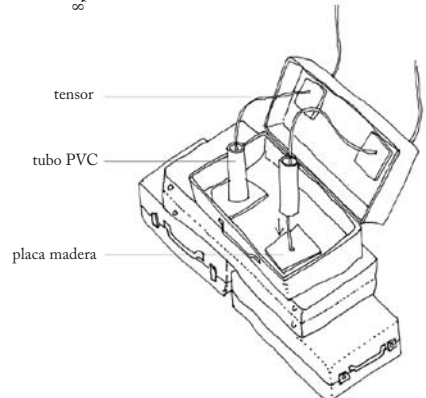
Fotografías: Elena Almagro.

El texto de las páginas 5, 6 y 7 es un extracto del libro original publicado por El Aleph Editores. "El privilegio de ser perro" se estrenó en la sala madrileña El Mirador en la primavera de 2005 y se encuentra actualmente de gira por Sudamérica. Reparto: A. Botto, E. Aragón. Contrucción de escenografía: La faena.

Juan Diego Botto es actor, dramaturgo y director teatral. Antoine Hertenberger y David Díez son arquitectos y también forman parte del estudio multidisciplinar Motocross. M^a Eugenia Matamala es investigadora teatral.



8,0 cm



Sistema de montaje: sólo se rellenan las maletas deformables y las de la fila superior. La estructura es de tubo de acero y de listones de madera. A la derecha, detalles de fijación de las maletas.

